

# PINOCHO

AÑO III. Nº 121.

25 Cents.

12. JUNIO 1927.



PINOCHO - PARECE MENTIRA QUE NO  
TE GUSTE IR AL COLEGIO.  
CURRINCHE - ME GUSTA IR Y VENIR. LO  
QUE NO ME GUSTA ES QUEDARME.

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.- SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



# LOS ALUDES DE LOS URALES

CUENTO POR EMILIO SALGARÍ

(Continuación.)

Los dos chiquillos, despertados con sobresalto por los gritos de su padre y los balidos de las cabras, habíanse arrojado de la cama abrazándose al anciano.

En aquel momento la cabaña sufrió una segunda oscilación más espantosa que la primera y algunas vigas cayeron al suelo partidas.

Gurko, teniendo a sus hijos entre los brazos, habíase dirigido hacia la puerta; pero tuvo que retroceder de repente.

El paso estaba cerrado por la nieve, acumulada en cantidad enorme sobre la cabaña.

Un primer alud la había cubierto en parte, y el segundo la había sepultado por completo, obstruyendo la puerta y la ventana.

El minero, al principio, se creyó perdido, pero después, viendo que la cabaña, a pesar del enorme peso que estaba obligada a resistir no cedía, empezó a cobrar esperanzas.

—No lloréis, hijos míos —dijo a Miguel y Nicolás, que se apretaban contra él, temblando de frío y de miedo—. Dios nos ha protegido y quizá no nos abandonará.

—¿No nos moriremos asfixiados, padre? —preguntó Nicolás.

—Intentaremos abrírnos camino —dijo el minero—. No sé cuánta nieve se habrá acumulado encima y en torno de la cabaña; no hay que perder el ánimo. ¿Han salido las cabras?

—No, padre —contestó Miguel—. Se han refugiado en nuestra alcoba.

—Entonces tenemos asegurada la comida.

El viejo Gurko trataba de mostrarse tranquilo delante de sus hijos; pero en su interior no lo estaba, ni mucho menos.

¿Quién era capaz de decir la enorme mole que tenían los dos aludes y si era posible abrir una galería que le permitiese llegar al aire libre para salvarse junto con Miguel y Nicolás?

Ante todo había que ver si el techo de la casucha había sufrido mucho y si era capaz de seguir soporlando el gran peso. Si se caía era la muerte segura para todos.

Ayudado por Nicolás, que se había repuesto pronto del susto, examinó las vigas y se dió cuenta de que exceptuando unas cuantas, las otras habían resistido maravillosamente a los dos aludes.

Pero era preciso reforzarlas, porque otras masas de nieve podían caer desde lo alto de la montaña.

La madera no faltaba en la isba, es más, había muchísimos palos destinados a construir un nuevo sotechado. El viejo minero se puso, pues, vivamente a la obra, apuntalando las vigas maestras y las paredes.

Apenas había terminado, cuando Nicolás le hizo una observación.

—Padre le dijo —, ¿si la nieve no hubiese dejado alguna rendija, crees que el aire se habría conservado tan respirable?

—No, Nicolás —contestó el padre con voz alegre—. He tenido el temor de morir asfixiado; pero el aire, como has observado perfectamente, se mantiene muy respirable.

—¿Habrán dejado los aludes algún espacio libre?

—Quizá alguna rendija, Nicolás.

—En tal caso no tendremos necesidad de abrir paso.

—Para el aire no, hijo mío; pero sí para nosotros. ¿Quién se atrevería a pasar el invierno sepultado bajo tanta nieve?

—Quizá algunos montañeses se habrán dado cuenta del desastre.

Gurko meneó la cabeza haciendo un gesto de duda.

—Estamos demasiado lejos de los sitios frecuentados. Pero no perdamos la esperanza, hijo mío, y confiemos en Dios.

El anciano minero, en la duda de poder realizar su proyecto y tener que pasar el largo invierno bajo aque-





llos aludes, hizo el inventario de los víveres para no morir de hambre antes de que llegase el deshielo.

Afortunadamente, antes de caer los aludes había hecho provisiones y no escaseaban.

Tenía centeno en cantidad suficiente para hacer la sopa a que son muy aficionados los rusos, pescado seco, café, té, y medio barril de harina.

Además contaba con las cuatro cabras, que daban una regular provisión de leche, y como habían recogido mucha yerba, tenía la suficiente para alimentarlas durante todo el invierno.

Aunque no podamos abrir una galería, no nos moriremos de hambre —dijo a Nicolás—. ¡Tenemos provisiones para dos meses y para más!

—Tampoco nos hace falta la leña. Excavando la nieve podremos llegar hasta el sotechado, que está bien provisto de ramas secas.

—Sí, Nicolás —contestóle Gurko—. Pero prefiero que nos marchemos. Pueden caer otros aludes y la enorme masa de nieve destruir el techo y asfixiarnos. Mañana trataremos de abrir la galería.

Aquella primera noche transcurrió en plena angustia, no sólo para el viejo minero, sino también para los dos muchachos.

A cada instante despertábanse, creyendo que la casa iba a ceder bajo el peso del alud. A cada crujido del entramado saltaban de la cama y poníanse a escuchar presos de mil ansiedades, temiendo el hundimiento.

Fueron temores infundados, porque la cabaña resistió maravillosamente, aunque al minero le pareció haber oído varias veces el sordo rodar de otros aludes.

Al día siguiente decidieron salir de aquella situación, en extremo angustiosa para todos, intentando excavar una galería que les permitiese abandonar aquel refugio que se había hecho demasiado peligroso.

El minero había ya comprobado que durante la noche el techo de la *isba* había sufrido notables desperfectos y que algunas vigas habían cedido.

Cualquier nuevo alud que cayese la tenía que hundir por completo.

No dijo nada a los dos muchachos por no asustarles y se puso a trabajar, atacando la nieve de la parte de la puerta para quitar después la que llenaba el sotechado.

Mientras intentaba abrirse paso, los dos muchachos se ocupaban en disolver la nieve de modo que no llenase toda la casucha.

En una pared habían abierto un agujero por donde salía el agua procedente de la licuefacción de la nieve por obra de la estufa calentada al rojo.

El viejo Gurko trabajaba encarnizadamente, sirviéndose, ora del pico, ora de la pala, ayudado algunas veces por el bueno de Nicolás.

Limpiado el sotechado, empezó a atacar valerosamente la enorme masa del alud, abriendo una especie de galería suficiente para dejarles paso.

Este trabajo no duró mucho tiempo. Había excavado una galería de unos cuantos metros, cuando se encontró ante un enorme montón de pedacitos de hielo, arrastrados sin duda por el alud y acumulados en torno de la *isba*.

Al intentar atacarlos con el pico se dió cuenta de que no tenían la resistencia suficiente para soportar el peso enorme del alud. La galería,

apenas abierta, se hundía, y Gurko corrió muchas veces el peligro de ser sepultado bajo los pedazos de hielo que iban cayendo.

—Hijos míos —dijo volviendo tristemente a la choza—. Resignémonos a nuestro destino.

—¿Qué quiere decir, padre? —preguntó Nicolás.

—Que estamos aprisionados y que nos veremos obligados a pasar todo el invierno en nuestra cabaña.

—¿Y podrá resistir durante tanto tiempo?

—Sólo Dios lo sabe, hijo mío.

—¿No se puede intentar algo?

—No, Nicolás. La masa de hielo nos obstruye el paso



(Concluirá en el número próximo.)



# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Has visto, curioso Chonón, qué panorama tan delicioso se contempla desde la terraza de mi casa?

—Magnífico, querido buho. Tan respetable altura produce la sensación de un viaje en globo. ¿Cuántos pisos tiene tu casa?

—Contando los dos que hay subterráneos, catorce.

—Gracias a que se sube en ascensor, que si no...

—Pues imagínate lo que será tener que subir por las escaleras de los rascacielos neoyorkinos hasta llegar al piso setenta u ochenta. Es para pensarlo, ¿no te parece?

—Para pensarlo y luego no subir. ¿Qué dirían los hombres primitivos si vieran estos enormes palacios?

—Vete a saber. A lo mejor creerían que eran montañas o rocas de forma extraña. No podrían, desde luego, suponer que estas moles fuesen edificios contruidos por el hombre. ¡Hay tanta diferencia entre estas viviendas de ahora y las que construían los hombres prehistóricos! Como que por las habitaciones en que vivían se les ha dado el calificativo de hombres de las cavernas.

—Es curioso el tema que me has iniciado. Si te parece, hablemos de él. Me interesa mucho saber cómo ha ido progresando la arquitectura.

—Primitivamente el hombre vivió en el campo, a semejanza de las fieras. Como la tierra estaba poblada de inmensa legión de animales feroces y de tamaño gigantesco, es lógico pensar que el hombre procurase buscar refugio durante el sueño en sitios que estuviesen al abrigo de las acometidas de aquellos animales. Las copas de los árboles y las cuevas de estrecha entrada eran los lugares escogidos por él. La constitución de la familia hizo sentir al hombre la necesidad de construir viviendas abrigadas donde pudiera resguardarse del frío, del viento y de las lluvias. Estas viviendas son las primitivas cavernas, que eran cuevas de grandes proporciones donde podía guarecerse una familia numerosa. En estas cavernas se han encontrado armas de piedra y huesos de animales, que eran, sin duda, de los que se alimentaban aquellos habitantes.

—¿Y no tenían ventanas ni puertas?

—Nada de eso, Ni siquiera chimenea para que saliese el humo.

—Pues habría una atmósfera irrespirable dentro de estas viviendas.

—Por lo menos irrespirable para nosotros. Más adelante, y sin duda huyendo de las incomodidades de aquellas viviendas, construyeron chozas con ramas de árboles y hojas secas. En estas chozas ya practicaron aberturas o ventanas por donde entraba el aire y la luz y salía el humo; aún hay habitantes en el globo que viven en estas primitivas moradas. Los negros de muchas islas de Oceanía y los esquimales utilizan las chozas para vivir.

—Yo he visto en el monte algunas chozas donde viven pastores.

—Y yo he visto también en muchos pueblos de España habitaciones hechas en la misma tierra. Son como cavernas primitivas a las

que se les ha puesto una fachada con una puerta, una ventana y una chimenea.

—Parece mentira, ¿verdad, buho?

—Parece, pero no lo es. La miseria se manifiesta siempre igual a través de los siglos. Para la miseria no ha habido progreso.

—Y oime, mi querido buho, ¿por qué no construían sus viviendas con piedra?

—Pasaron bastantes siglos hasta que empezaron a utilizar la piedra, y más tarde, cuando se comenzó la fabricación del ladrillo, dieron principio las construcciones dignas de admiración. En los tiempos en que Grecia vivía en todo su esplendor, se construyó un templo, del que todavía se conservan valiosos vestigios y que ha sido la admiración de todas las generaciones. Este templo es el Partenón de Atenas.

—¿Hace muchos años que fué construido?

—Cerca de 2.500 años. Y, sin embargo, aún están en pie sus columnas y aún se conservan sus maravillosas cariátides y sus asombrosos frisos. Este ejemplar, como todos los de la arquitectura griega, ofrece la curiosa particularidad de que carece de arcos. Cosa muy extraña, si se tiene en cuenta que los maestros de los griegos fueron los egipcios, y éstos utilizaron el arco en sus construcciones.

—¿Entonces cuándo volvieron a aparecer los arcos?

—En la época romana. En todas las edificaciones románicas es de admirar la belleza de los arcos. Sus pórticos, sus acueductos y sus monumentos ofrecen esa característica del arco semicircular que tanto agrada a la vista.

—Yo he visto estampas de monumentos romanos en que sólo se ve un arco.

—Eran arcos triunfales que levantaban en honor de sus hombres célebres. En nuestros tiempos la arquitectura ha evolucionado mucho. Se nota la tendencia a construir con hierro y a sustituir la piedra por el cemento.

—¿Tú crees que nuestras construcciones tendrán una vida tan larga como la que han tenido algunos monumentos de la antigüedad?

—Ni mucho menos, querido Chonón. El hierro se oxida y pierde resistencia con el transcurso del tiempo, y el cemento se resquebraja y pulveriza.

—¿Y la piedra, no?

—La piedra es un elemento natural que resiste mucho mejor los efectos del aire, del sol y del agua.

—¿Entonces tú crees que llegarán a construirse casas en que no entre más material que el hierro?

—Con el tiempo, sí. Pero aún falta mucho.

—Nosotros no lo veremos.

—¿Quién sabe, querido buho!

—Tienes razón. ¿Quién sabe!

## VIDA PINOCHISTA

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



Margarita Bolívar.



Eugenia Pereira.



Vicente Nicolau Remon.



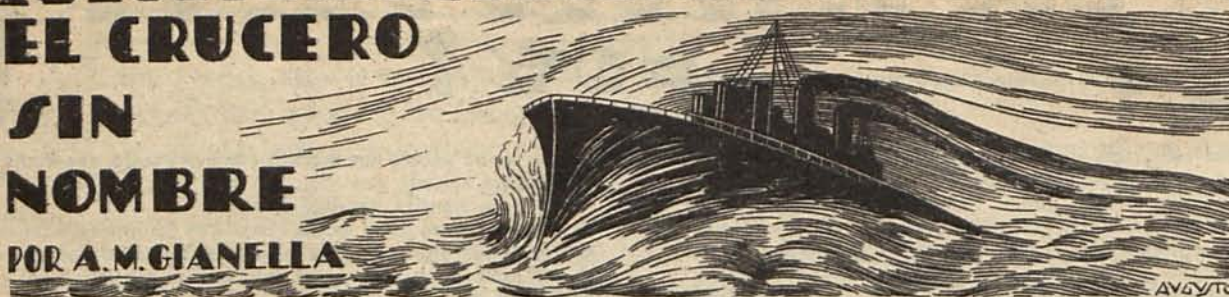
Anita Claramunt.



María Isabel Huidobro.

# EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

Ya sé que luego fuisteis bastante afortunado, pero eso no me preocupa; lo que debo deciros es que, al principio del juego, estaba en vuestro poder una suma que, con toda probabilidad, pertenecía a Mr. Cyrus Lobster, y, en prueba de mi aserto, tengo el honor de someter a vuestro examen los diez billetes que os gané, cuyos números corresponden exactamente con los publicados esta tarde por los periódicos que se ocupan del asunto Lobster-Wendover.

¿Cómo podéis explicar esta coincidencia?

Flaxman quedó como herido por un rayo; el golpe era descargado tan de improviso y con tanta destreza, que no había podido tomar sus medidas para detenerlo a tiempo.

En aquel momento su aspecto mismo le acusaba; miró a aquel hombre formidable que podía aplastarle, anonadarle, con una mirada que revelaba, al mismo tiempo, estupor, terror e imploración de misericordia.

El desconocido sonrió, se acercó más a Flaxman, y le dijo:

—¿Estais convencido de que puedo arruinaros?

—¡Ay de mí—gimió el otro—. ¿Qué mal os he hecho?

—Ninguno; tranquilizaos, pues si hubiese querido perderos, lo hubiera hecho sin venir a daros cuenta de ello.

—¡Sí, pero os habiéráis perdido conmigo!

—Os engaños; no habría juez que pudiera castigar la desventura de haber sido vuestro adversario en el juego.

—Sea como decidis; pero algún motivo habrá que os impulse a obrar de este modo.

—Lo hay.

—Exponedlo: estoy dispuesto a todo para salvarme.

—En ese caso, creo que nos entenderemos.

—Hablad.

El desconocido quedó algunos momentos pensativo; luego dijo:

—Mr. Flaxman, ¿jurais ser sincero conmigo?

—¿Con qué objeto?

—Lo sabréis enseguida; en beneficio vuestro.

—Pero...

—¿Lo jurais?

—Sea, os lo juro.

—Decidme, pues, ¿sois ambicioso?

—Con exceso.

—¿Amais el oro?

—Con locura.

—¿Qué haríais para realizar vuestras aspiraciones?

—Cualquier cosa.

—¿Aunque fuese un delito?

—Aunque fuese un delito.

—Es verdad, ya habéis cometido uno con tal fin, pero...

—¿Qué?

—Si se tratase, por ejemplo, de traicionar a vuestra patria...

—¡Oh!

—¿Dudaríais?

—Según los beneficios que me reportara.

—Perfectamente; sois el perfecto canalla que me figuraba y tengo ya la convicción de que nos entenderemos sobre todos los extremos.

Escuchad: os ofrezco los medios de conseguir rápidamente

te poder y riqueza; vos, en cambio, consagraréis vuestra existencia al asunto en virtud del cual trabajo.

—Explicaos mejor.

—No puedo, sin tener antes la seguridad de que me perteneceréis en alma y cuerpo.

—¿Y qué garantía debo daros?

—La única que está en vuestra mano.

—Oigámosla.

—Tomad una hoja de papel y escribid lo que yo os dicte.

—Ya está.

—Escuchad: «Yo, el infrascrito, declaro ser el autor del robo de cien mil pesetas hecho a Mr. Cyrus Lobster el 28 de julio de 1880.

Declaro, además, haber escondido en la habitación de Mr. Alberto Wendover la mitad de la cantidad robada, a fin de alejar de mí toda sombra de culpa, haciendo detener en mi lugar a un inocente.» ¿Habéis escrito?

—Sí.

—Ahora firmad.

—Poco a poco..., ¿y qué garantías tendré yo a mi vez?

—Es justo, prestadme atención.

—Adelante; os escucho.

—Mister Flaxman, no ignorais que en la India Oriental existe una vasta asociación secreta, cuyo objeto principal es hacer una guerra despiadada a los ingleses, y que lleva el nombre de Secta de los Estranguladores.

Esta tuvo por mucho tiempo su centro de acción en Bengala, pero, a partir de las célebres revueltas de los cipayos y las medidas enérgicas de los Virreyes que se sucedieron en el gobierno de la India, se dispersó acá y allá, y, para huir con más facilidad a las persecuciones, escogió como residencia de los jefes y lugar conveniente para reuniones de importancia las posesiones francesas y holandesas, ricas en misteriosas selvas y templos en ruinas. Actualmente la residencia del Consejo Supremo de la Secta es la isla de Java, donde se verifican anualmente los tradicionales ritos de los thugs. Esto es cosa sabida; pero lo que no se sabe, a lo menos con certeza absoluta, es que la Secta de los Estranguladores cuenta entre sus adeptos no sólo muchos europeos, sino aun ingleses, que residen en Inglaterra, cuyos nombres, de ser revelados, llenarían de consternación al público que los conoce, les estima por su reconocida honradez, o les envidia por su poder.

—Mister—interrumpió Flaxman—, me permito haceros observar que no veo la relación que pueda existir entre mí y la Secta de los Estranguladores.

—Os lo diré enseguida: el Consejo Supremo, compuesto de ingleses e indios, sin abandonar la lucha individual del puñal y el lazo, ha decidido emprender una campaña a la baja contra los valores ingleses, a fin de arruinar en cuanto sea posible las mayores potencias financieras del Reino Unido, y procura a tal fin, y con cualquier medio, adquirir elementos aptos para conseguir el éxito del plan trazado.

Yo os he elegido a vos...

—¿A mí?

—Sí, y como os tengo en mi poder y os podría destrozar del mismo modo que se rompe un trozo de vidrio, he venido

a decirlos: *Mister Flaxman*, o entráis a formar parte de la Secta de los Estranguladores, de la cual soy miembro, obligándoos a seguir los designios de la asociación y haciendo al mismo tiempo vuestra fortuna, u os dejo pudrir en una prisión, pobre y deshonrado.

Ea, elegid: si aceptáis, os presentaré al jefe residente en Londres, el cual os proporcionará todos los medios que sean precisos, morales y materiales.

Si rehusáis, mañana mismo os denunciaré al fiscal, salvo el caso... de que os encuentren muerto con un fino lazo al cuello, porque los *thugs* estranguladores existen en la propia Inglaterra, siempre dispuestos a cerrar para siempre la boca de quien pudiera tener la mala ocurrencia de revelar ciertos secretos.

Estos circunloquios un tanto nebulosos contenían un acento de verdad y de amenaza tan tremendos, que *Mister Flaxman* no dudó un momento sobre el camino que había de elegir.

Tomó la pluma, firmó el escrito que contenía su condena y lo entregó a su misterioso interlocutor.

No nos detendremos en detalles inútiles: *Flaxman*, como se recordará, hizo de banquero, después de un largo lapso de tiempo durante el cual había pretendido unirse con *Miss Polly Lobster*, y llegó a ser rico y poderoso.

Un día el presidente de los fenianos de Liverpool recibió la visita de aquel mismo individuo que había obligado a *Mr. Flaxman* a entrar en la Secta de los Estranguladores y entre los dos tuvo lugar el siguiente diálogo:

—¿Sois el jefe de los fenianos?

—No estoy obligado a decirlo.

—Comprendo; confidencia por confidencia: yo soy miembro de la Secta de los Estranguladores y he recibido el encargo de invitaros en Londres, a reuniros con los jefes ingleses de nuestra asociación, con el fin de establecer un acuerdo entre los fenianos y los estranguladores, para una acción común y enérgica contra los ingleses que oprimen a Irlanda y a la India. ¿Por qué no hemos de ser aliados, teniendo que combatir al mismo enemigo?

La lógica era rigurosa y nada se podía rebatir.

El presidente fué a Londres, comenzaron los tratos para la propuesta alianza y el viejo feniano fué puesto al corriente de todos los secretos de la terrible secta.

De este modo llegó a su conocimiento que *Flaxman* formaba parte de ella y que constituía uno de los elementos de más valor.

El presidente averiguó con mucha astucia los motivos que habían inducido a *Flaxman* a entrar en la Secta de los Estranguladores y cómo se ignoraban sus íntimas relaciones con *Alberto Wendover*, reveláronle todo, incluso la existencia de la tremenda declaración entregada por el ex-cajero al hombre que la tenía en su poder.

Esta declaración estaba guardada en una caja de caudales, en el gabinete de *sir Groslow*, jefe reconocido de los afiliados ingleses, pero que para el público era un caballero superior a toda sospecha; el presidente de los fenianos se propuso apoderarse en tiempo oportuno de ella y mientras tanto informó a *Miss Polly* del descubrimiento hecho, sin revelarle, a pesar de todo, secretos que no le pertenecían, y envió a *Alberto Wendover* la carta citándole en el Hotel de Holanda de la capital de la isla de Java.

¿Por qué había escogido Batavia y no otra ciudad que le ofreciese mayor seguridad?

La razón era ésta: hacía algunos meses que *Mr. Flaxman* había abandonado Londres e Inglaterra para marchar a la isla de Java, con una misión de cuya naturaleza el viejo presidente no había podido enterarse.

Todos estos extremos verdaderamente edificantes habían sido conocidos con viva satisfacción por *Mop*, que había dicho a guisa de conclusión:

—Presidente, ya que he encontrado al canalla del señor *Flaxman*, ¿sabéis lo que voy a hacer?

Me quedo en Batavia, me convierto en la sombra del

señor *Flaxman*, le echo la garra en cuanto se me presente ocasión y le retuerzo el pescuezo como si fuese una gallina.

—¡Guardaos bien de hacer tal cosa!—había respondido el anciano— Seguidle, no le perdáis de vista, procurad averiguar lo que hace, pues sois astuto, pero no le toquéis a no ser en caso de extrema necesidad.

A cuya recomendación *Mop*, es preciso decirlo, se había sometido poniendo cara de disgusto, pues le hubiera parecido un espectáculo excepcionalmente bello y nuevo ver al señor *Flaxman* con el cuello estirado por las manos de un antiguo cliente de las cárceles inglesas.

Después de todo, si bien se miraba, el asunto podía considerarse no como abandonado, sino como aplazado, y *Mop*, dada su afición a las máximas, se repetía que *quod differtur non aufertur*, y con el pensamiento acariciaba ya la alegría de poder hacer pronto al señor *Flaxman* la importante operación que, por lo pronto, había de contentarse con prometerla.

Razonando entre sí en tal sentido, llegó a la calle en que sabía se hallaba hospedado el ex-cajero, el cual, como sabemos, había tomado el poco sonoro nombre de *Anselmo Partisan*.

*Mop* había ojeado desde un principio una hostería donde se podía tomar un bocado sin perder de vista la habitación de aquel hombre, y ya que tenía hambre, entró en ella, sentóse junto a la puerta y pidió algo que tuvieran ya preparado.

El dueño era un chino, pero, hombre listo, sabiendo que la cocina del Celeste Imperio no era muy estimada, había tomado a su servicio cocineros y camareros europeos, así es que *Mop*, que estaba preocupado por las dificultades que pensaba encontrar, quedó encantado al verse servir enseñada.

—Eh, señor mandarín—dijo, tirando por la coleta al propietario—; a fe de *Mop*, que sois un buen hombre.

—¡Oh, yes, yes!—respondió riendo el chino.

—Y si no me desplumais con la cuenta—prosiguió el ex-ladrón comenzando a devorar la comida—, os prometo traer a todos los pensionados de *Mr. Lowen*.

¿Conocéis a *Mr. Lowen*?

—No.

—Figuraos, señor mandarín; *Mr. Lowen* es el director de la cárcel de Liverpool, el mejor carcelero de todos los carceleros ingleses... que es lo que vos necesitáis.

—¡Oh, yes!—dijo el infeliz con una firmeza que arrancó una estrepitosa risotada.

Evidentemente el pobre hombre no había comprendido la sutileza de su cliente.

*Mop* terminó en silencio su comida, pagó la cuenta sin regatear y luego se levantó con la aparente intención de acercarse a una mesa en que jugaban varios marineros europeos.

En aquel momento se abrió la puerta de casa *Flaxman* y salió un hombre con la cara oculta bajo las alas de un ancho sombrero. A pesar de tal precaución, *Mop* le reconoció: era el falso *Anselmo Partisan*, *Mr. Flaxman* en persona.

*Mop* dejó la hostería y comenzó a seguirle desde lejos, teniendo cuidado de no llamar la atención.

*Flaxman* salió de la ciudad y se dirigió hacia *Buitenzorg*, pueblo que distaba treinta millas o más de Batavia, pero marchando un tanto alejado del camino habitualmente seguido.

Al cabo de una hora de marcha por entre extensas plantaciones de café, tabaco y caña de azúcar, *Flaxman* se detuvo en el lindero de una espesa selva, en la que los cocoteros, los gigantescos árboles de Java, las palmeras, el *areng* (*borassus gomutus*), el bambú, etc., se mezclaban con los castaños y las encinas, entrelazándose de un modo pintoresco bien, propicio a los tigres que habían establecido allí su domicilio.

(Continuará en el número próximo.)

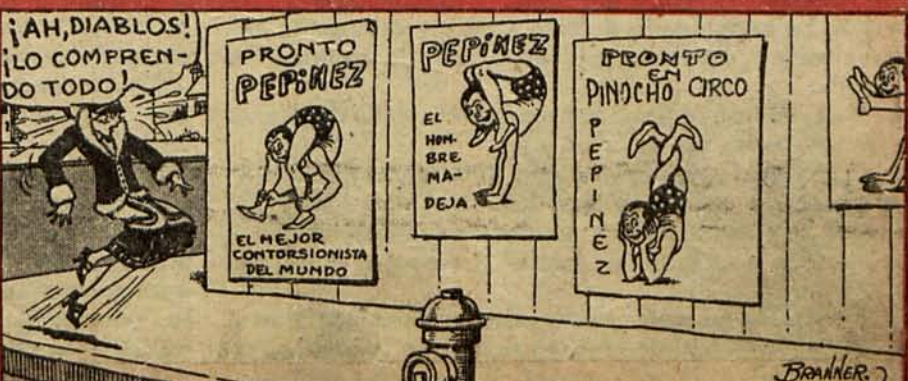
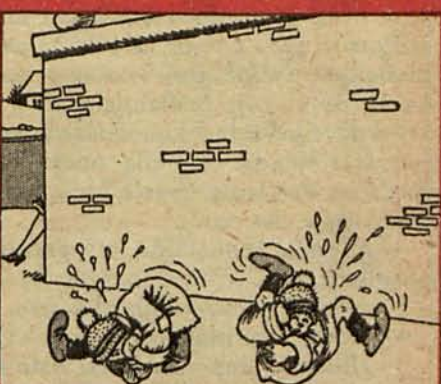
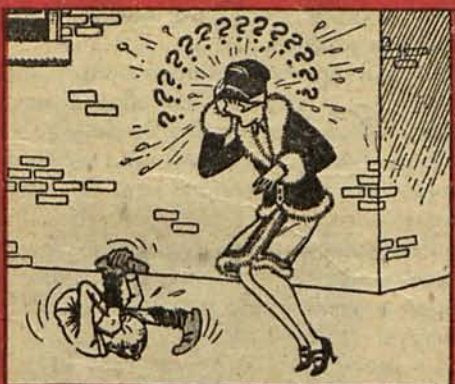
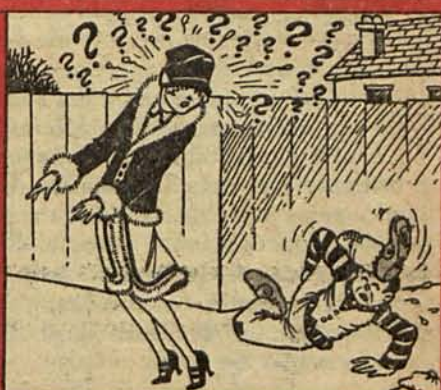
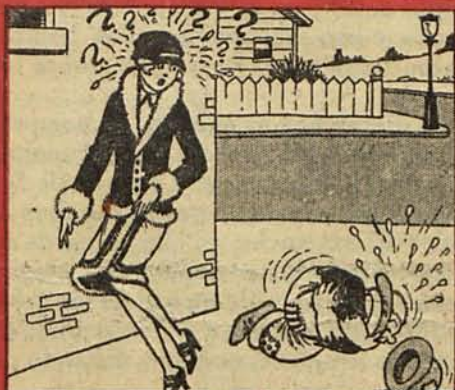
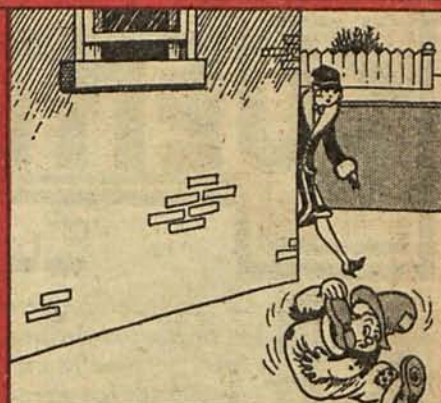
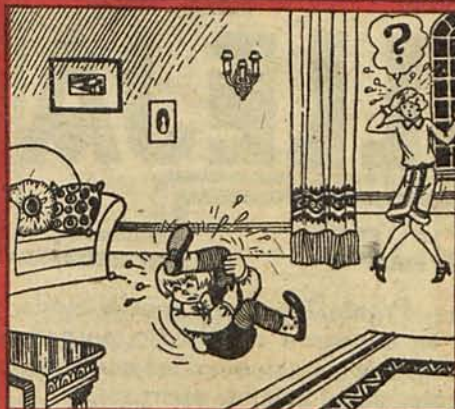


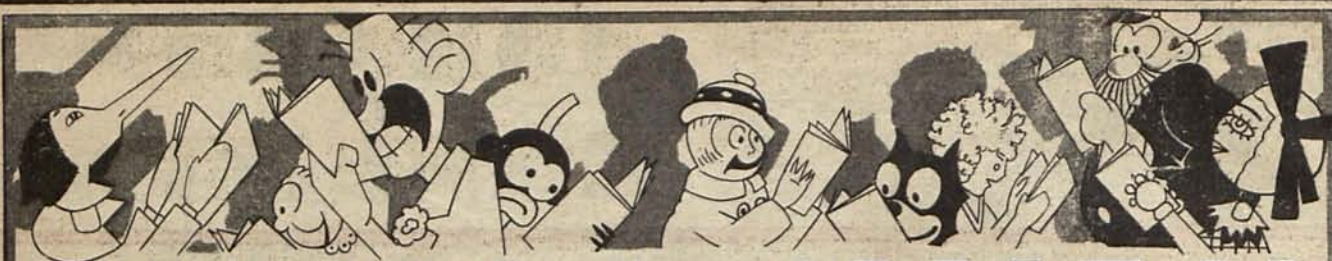
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





# COLORÍN Y SU PANDILLA





# CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

## EL TRAJE DE MODA

**U**NA vez sucedió que cierto sastre, al coser los bordados de una hermosa casaca de corte, se pinchó un dedo con la aguja y manchó la rica prenda con una gota de sangre. El pobrecillo se asustó, temeroso de una reprimenda de su cliente, que era un señorón de Palacio muy encopetado y tieso. Procuró quitar la mancha, que resaltaba sobre el blanco raso de la casaca, pero cuanto hizo fué inútil.

Cuanto más frotaba el sitio manchado, tanto más roja y brillante aparecía la mancha. Cansado y receloso, vaciló entre huir de la tienda o pedir perdón al parroquiano; pero, al fijarse en la prenda, se le ocurrió salpicarla toda ella de motas encarnadas, y decir al dueño que era la última moda llevar así las casacas de corte.

Y como lo pensó, así lo hizo: con la sangre de un cordero que aquel día sacrificaron para comer, salpicó la casaca blanca, dejándola preciosa con sus lunares, de un rojo brillantísimo.

Al día siguiente, el dueño de la casaca fué a la tienda. Aquella noche había fiesta en Palacio y quería lucir su magnífico traje nuevo.

—¿Tenéis concluída mi casaca?— preguntó.

—¿Qué casaca?— dijo el sastre.

—La de raso blanco.

—¿Blanco? Imposible. Yo visto a mis parroquianos a la última moda, y el blanco ya no se estila. La he moteado de rojo sangre y está hecha una preciosidad. Esta noche llamará Usía la atención en Palacio.

Y el señorón se llevó su prenda, encantado del efecto que producían las manchas rojas.

Como el que llevaba aquella rara casaca era el más elegante de cuantos iban a Palacio, todos los que le vieron le preguntaban si aquélla era la última moda.

—¿Que si es la última moda? ¡Como que la estreno yo!— decía.

Pidiéronle las señas de su sastre, y éste tuvo al otro día llena la tienda de jóvenes ricos, que le pedían trajes punteados de rojo, como el que había hecho al

elegante cortesano. Pronto hizo furor aquella moda, y los demás sastres se quedaron sin trabajo, porque no encontraban telas que se parecieran a las que proporcionaba a sus clientes aquel humilde sastrecillo.

Y por cada vestido llevaba un dineral, porque ningún otro sastre los hacía como él, con aquellas bonitas manchas rojas; nadie sabía cómo las pintaba sobre las telas.

Temeroso de que dieran con su secreto, no compraba corderos, sino que salía de noche a cazar conejos, gatos y otros animales, y los sangraba para teñir los ricos tejidos blancos que le llevaban al taller. Cierta noche, en que volvía de su excursión sin haber encontrado ningún animalejo, oyó ruido en una de las habitaciones de la casa, y, comprendiendo quién lo producía, exclamó, saltando de gozo:

—Ya tengo tinte para motear. En mi casa hay ratones.

Al día siguiente compró ocho o diez ratoneras, y cayeron en ellas algunos ratoncitos, hasta que dió fin de la casta. Una noche en que se volvió a oír ruido de ratones, echó mano al sitio de donde partía; pero, en vez de coger al roedor, se llevó un mordisco de primera, que le hizo chuparse el dedo tres veces y andar a pie cojuelo por la casa media hora.

La mordedora era una rata blanca, mayor que un gato, la cual, después del mordisco, se marchó, e hizo correr la voz entre sus compañeras, para dar un buen susto al maestro sastre.

Una noche comenzaron a entrar ratas en casa de Don Lupicinio, que así se llamaba el sastre, y llenaron todas las habitaciones, hasta llegar adonde aquél se encontraba. El hombre, despavorido, se subió a una silla; pero aun allí le alcanzaban las ratas, que, en falange innumerable, lo llenaban todo. De la silla, pasó a una mesa; mas de nada le sirvió, porque las ratas subían unas encima de otras, decididas a comérselo y vengar a los ratones. Con la vara de medir y las tijeras se defendió el hombre un buen rato; mas hubiera perecido víctima del número si no se le ocurre decir:





—Señoras ratas: os prometo, por la peluca de mi bisabuela, que no volveré a meterme con ratas ni ratones.

Ante tan solemne promesa, las ratas se marcharon, y Don Lupicinio siguió buscando otros animales para su moteado.

En poco tiempo se hizo rico. Envanecido y codicioso, puso en su tienda un letrero que decía:

LUPICINIO, MAESTRO SASTRE,  
ÚNICO INVENTOR DEL INCOMPARABLE MOTEADO ROJO  
DE LA MÁS ALTA ELEGANCIA.

SE MANCHAN ROPAS A PRECIOS ECONÓMICOS.

Y sus negocios iban viento en popa, hasta que sucedió lo siguiente:

Un hechicero de oficio, y hombre además bromista y ocurrente, fué invitado a una fiesta en Palacio.

Era el único, entre los reunidos, que no llevaba manchada la casaca con el elegante moteado rojo sangre, por lo cual los cortesanos le tuvieron por persona de poco más o menos.

—Este es un cursi—decían. Lleva la ropa de la moda pasada.

Por fin, uno se atrevió a indicarle que se le estaban burlando por no llevar las motas consabidas, y entonces el mago habló de esta manera:

—Sabed, señores, que si yo no me pongo vestidos como los vuestros, es porque las manchas que lleváis son de sangre de distintos animales. Quien usa un traje así, corre el peligro de ladrar el que lleva la casaca con sangre de perro; de maullar, el que la lleve con sangre de gato, y de rebuznar... sí, señores, de rebuznar, el que se adorne con sangre de pollino.

Las palabras del hechicero fueron recibidas con gran indignación.

—¡Este hombre es un farsante!—decían unos.

—¡Hay que echarle a la calle!—gritaban otros.

Se armó, en fin, tal alboroto, que el Rey tuvo que intervenir en la discusión.

—¿Quiere Vuestra Majestad—dijo el mago—que le demuestre lo que he dicho? Pues ahora verá.

Y saliendo un instante, volvió con una piel de león en las manos.

Entonces sí que ocurrió una escena divertida.

Los cortesanos, asustados, echaron a correr; uno rebuznaba, otro bufaba, otro relin-

chaba, los más maullaban y daban saltitos con la sonrisa del conejo; el mismo Rey, aullando como un desesperado, intentó dar un mordisco al hechicero.

El vestido del Rey estaba teñido con sangre de alano. Los que la tenían de faldero, se metieron debajo de los sofás y de las sillas. Los gatunos se tiraban a las paredes, y uno que llevaba sangre de gallina salió cacareando y se tiró al corral por una ventana.

Balaban otros con un terror que daba pena y risa al mismo tiempo, y unos que llevaban la sangre de carnero embistieron con cuanto se les puso por delante.

Uno de ellos pasó por junto al Rey y le tiro un topetazo, pero el monarca se le lanzó a la oreja y allí le hizo presa, rodando los dos por el suelo.

En fin, que aquello, más que una fiesta real, parecía una casa de fieras, pero de fieras irritadas por un domador valeroso.

En esto, guardó el hechicero la piel de león, y cada cual se encontró en la ridícula postura que ocupaba, avergonzándose todos de ello.

El Rey soltó la oreja del que tomara por carnero; los que hacían de gato, se bajaron de las paredes; los falderos, salieron de debajo de los muebles, y, en una palabra, volvieron a su primitiva posición, si bien con los trajes destrozados.

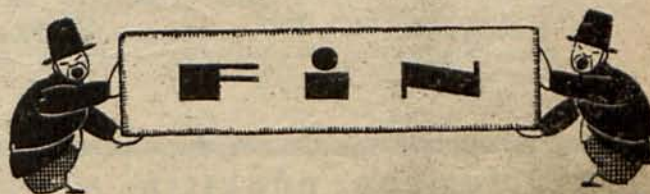
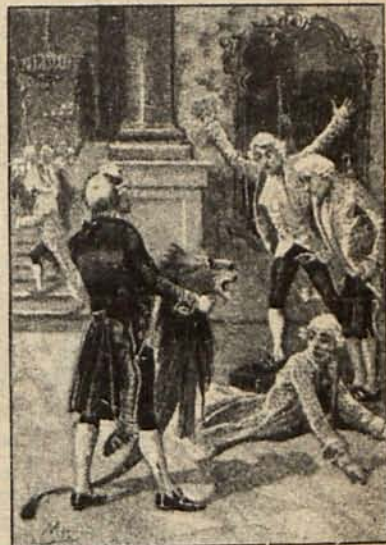
Entonces fué cuando quisieron matar al encantador, pero éste dijo:

—Como se acerque alguno, vuelvo a sacar la piel de león.

Y todos se retiraron. Al día siguiente propinaron al sastre una gran paliza, y no le ahorcaron por misericordia divina.

Ya el moteado pasó de moda en aquella corte, y nadie se atreve, por respeto al Rey, a recordar la terrible noche en que los cortesanos se ensayaron de animales.

Y el sastre se ha guardado de tapar una falta con otra mayor.



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE JUNIO

### Cuento.

Pues señor, en un país lejano, cuyo nombre no viene al caso, había un rey que tenía una hija llamada Lindaflor. La princesita tenía muy buen corazón, teniendo también algunos defectos, entre ellos el de ser vanidosa.

Un día oyó decir a su padre que quería casarla con el príncipe Rosalinda, hijo heredero del trono del país vecino. La princesa decía que casarse con él era como tirarse por un precipicio.

El príncipe era un hombre noble, leal, guerrero, cariñoso y de buenos sentimientos; en fin, un príncipe modelo.

La princesa, no queriendo casarse con él, dijo que se publicase un bando, en el que dijese lo siguiente: «La princesa Lindaflor propone que los príncipes pretendientes de su mano tendrán que traerla el mejor chocolate de los elaborados y la mejor confitura; si los príncipes pretendientes no hacen esto en tres días, no serán dignos de su mano. He dicho.—La princesa Lindaflor.»

Fueron muchos los que se presentaron; pero ninguno le traía el chocolate que ella quería; desfilaron por la boca de la princesa los chocolates más renombrados de todo el mundo, pero ninguno de su gusto; de confituras, todas le gustaron, pero ninguna le agradaba como la que ella quería.

Enterada el hada madrina de la vanidad de la princesa, la transformó en un horrible sapo. Cuando volvió el príncipe Rosalinda le dijeron lo que le había sucedido a la princesa y que las hadas, brujas, hechiceros y hombres sabios decían que la princesa pasaría la vida transformada en sapo si no le daba la gana de devolverla la primitiva forma.

Entonces el rey mandó publicar un bando que decía: «La princesa ha sido transformada en un horrible sapo; el que la desencante se casará con ella. He dicho.—Sisebuto I, Rey.»

Para desencantar a la princesa se presentaron solamente dos: el príncipe Rosalinda y el brujo Roenuces; entonces el rey dijo que si vencía el brujo se llevaría todo el tesoro real, y si vencía el príncipe se casaría con la princesa. Les dieron un plazo de cinco días, y si en este plazo no han desencantado a la princesa serán decapitados en la plaza de la capital del reino.

El príncipe preparó un ungüento con raíz de pino, castañas molidas con piel de mono y algarrobas, trapos viejos y piñones mascados. Untóselo a la princesa en la cara y por todas las partes del cuerpo, transformándose en persona.

Para celebrar el triunfo se organizaron grandes fiestas; días después se celebraron las bodas con gran pompa, y entonces el príncipe sacó del bolsillo un paquete que decía: «Chocolate marca «Pirula», y rico m rengue de fresa; al probar el rey tan rico chocolate exclamó: «Todo el reino del rey Sisebuto I tomará desde mañana el chocolate marca «Pirula».

El brujo Roenuces vivió apartado de todo el mundo, muriendo en la mayor miseria. Vivieron felices muchos años en compañía del rey Sisebuto I y su esposa.

IGNACIA GARCÍA ABAD  
Once años. Madrid.

### El astrólogo.

Se cuenta que Luis XI de Francia llamó un día a un astrólogo y encargó a sus servidores que a una señal suya le cogieran y le arrojaran por la ventana.

Llegó el astrólogo y el rey le dijo: —Tú que pretendes conocer el destino de los demás, vas a demostrarme en este momento si conoces el tuyo. ¿Cuán o tiempo has de vivir?

Sea que el astrólogo hubiera sido advertido secretamente del propósito del rey, o que presintiera un funesto desenlace, ello es que se apresuró a contestar: —Señor, sé de cierto que he de morir tres días antes que V. M.

El rey no hizo la señal convenida y, por lo que pudiera ocurrir, encargó que aquel hombre no careciera de nada.

MARÍA HALCÓN.  
Doce años. Sevilla.

### La consigna o la muerte.

Durante el reinado de Catalina II, apellidada la Grande, la ciudad de San Petersburgo sufrió una gran inundación. La emperatriz miraba desde una ventana del palacio el avance de las aguas, y vio un centinela que permanecía quieto en su puesto a pesar de que el agua le llegaba a la cintura y amenazaba llegarle pronto al cuello. «Ese desdichado se va a ahogar», se dijo la reina, y dió orden de que le hicieran abandonar su puesto y ponerse a salvo.

—Yo no conozco más que mi consigna y el cabo que me la ha dado —replicó el centinela sin consentir en abandonar su puesto.

—¿Pero no sabes quién te lo manda? —le preguntó el ayudante.

—Sí, señor; Su Majestad.

—Entonces, obedece.

—Que me lo mande mi cabo.

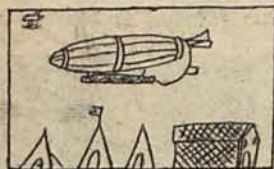
—¡Animal! ¿Ignoras que sobre la autoridad del cabo está la del sargento, y sobre la de éste la del teniente, y sobre la de todos ellos la de la emperatriz?

—Es muy posible, mi comandante; pero el cabo me ha dicho que no me vaya de aquí hasta que él venga a relevarme, y de aquí no me muevo; que venga él y me marcharé.

Como el agua crecía de manera alarmante y el centinela era tan testarudo, no hubo otro remedio que llamar al cabo y que fuese por él, encontrándole con el agua por el pecho.

Enterada la emperatriz de este extraño caso de respeto a la disciplina, le gratificó muy bien y le nombró sargento de su guardia.

MANUEL ESQUIVIAS.  
Doce años. Sevilla.



Un dirigible volando sobre un campamento. F. A.



Dos cazadores. NICOLÁS MRNÉNDZ.



De paseo. J. T. 9 años.



Mi perro King. MIGUEL ALMIÑANA.



Pinocho. ELOY PÉREZ. Doce años.



Mis dos amigos. C. VILLARROYA. Seis años.



El cante jondo. MANUEL NIETO. Diez años.

**CUPON**  
DE  
COLABORACION  
PINOCHISTA

ESTE CUPON SIRVE PARA  
ENVIAR UN SOLO TRABAJO.



Vallana. E. MIURA. Once años.



El negro Currinche. JESUSA MORALES. Once años.



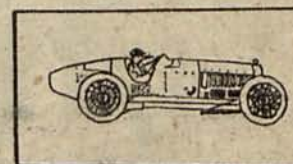
Un indio. LUIS GUERRERO. Diez años.



Mi hermana rompe un cántaro. C. A. DEL CAMPO.



Guana de Turrialba. GILBERT LAPORTE



El auto de Pinocho. E. M.

EN EL NÚMERO PRÓXIMO

SE REANUDARÁ LA PUBLICACIÓN DE LAS ESTUPENDAS HISTORIETAS DE

PACO MORRONGUIS Y ANITA BUEN CORAZON

# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

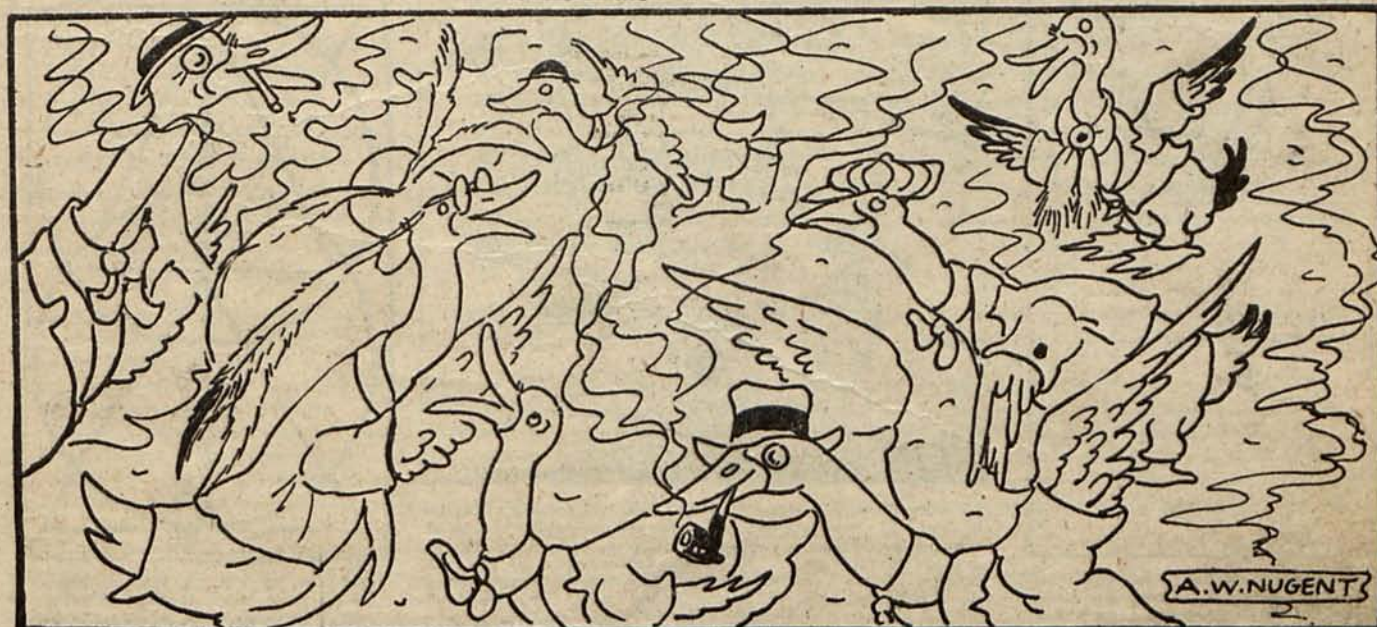
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

**¿CUALES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?**



Este dibujo con errores lo teníamos hecho desde este invierno proximo pasado, y lo hemos guardado en nuestra carpeta de dibujos para darlo en este mes de junio. ¿Sabéis por qué? Pues porque nada hay tan agradable como contemplar un paisaje de invierno, en el que haya nieve o hielo, en días de calor. O por el contrario, ver paisajes de sol y flores en días en que nos soplemos las manos por estar a cuatro grados bajo cero. Por esto y nada más que por esto os doy en este número un paisaje helado. Siete son los errores que hay en el presente dibujo. Uno de ellos, por ejemplo, es que al chico que corre dentro del trineo le falta una oreja. ¿Cuáles son los otros seis?

## EL GALLO Y LA GALLINA



Esto es lo que tenéis que buscar en este rompecabezas, un gallo y una gallina que están escondidos, avergonzados de ver cómo los gansos de sus compañeros hacen gansadas vestidos con trajes absurdos y tocados con sombreros estrafalarios.

# SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE OCTUBRE

NÚMEROS 85, 86, 87, 88 Y 89

## ¿Dónde están los padres de Juanito?



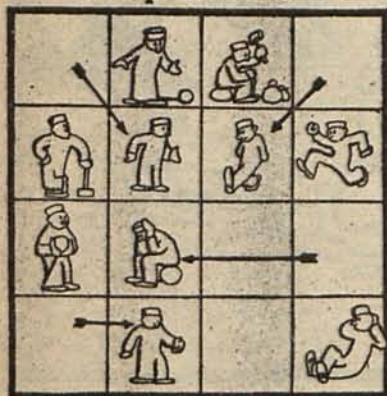
La mamá, como véis, se encuentra entre el brazo izquierdo de Juanito, el osito y una bota. El papá, en la alfombra.

## Los naufragos



Los peces, como es natural, se hallan en el mar, y el naufrago boca abajo con sus compañeros.

## Los prisioneros



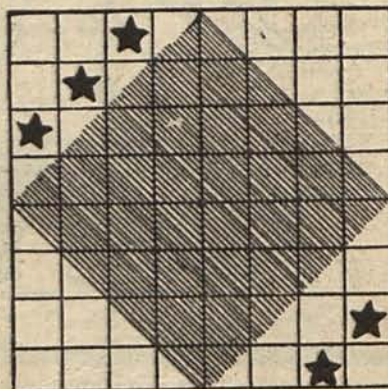
He aquí la ingeniosa combinación del carcelero para colocar a sus presos.

## Nanuk, el esquimal



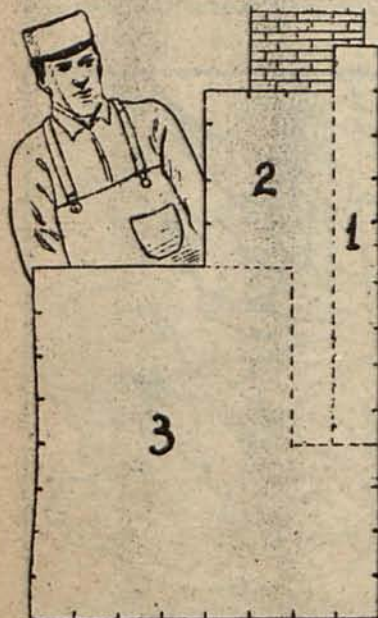
Nanuk hace un recorrido de 26 kilómetros y 200 metros.

## El cuadrado y las estrellas



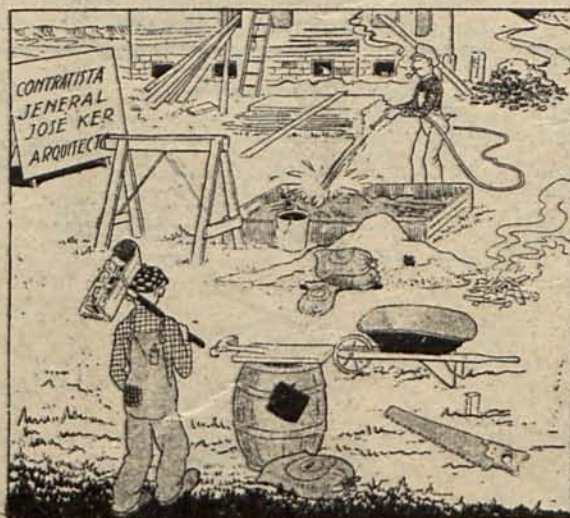
He aquí el cuadrado de 32 cuadritos y las estrellas en su debido sitio.

## Corte difícil



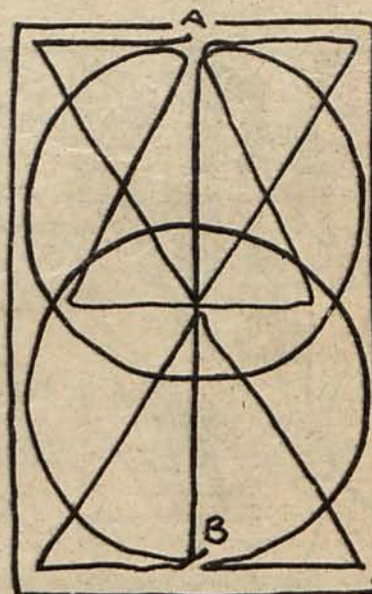
Por las líneas de puntos veréis la ingeniosa combinación del obrero para cortar el latón. Si vosotros cortáis unos trozos de papel igual a éstos, veréis como se construye un cuadrado perfecto.

## ¿Cuáles son los errores que hay en este dibujo?



1.º El martillo se caería puesto así.—2.º Falta un agarrador a la carretilla.—3.º El obrero que lleva al hombro el porta-ladrillos lo lleva al revés, y los ladrillos se caerían.—4.º Además, este obrero tiene el mono puesto del revés.—5.º En el cartel del contratista hay una falta de ortografía: pone general con jota.—6.º La manga de riego funciona sin enchufar en la boca.—7.º El serrucho tiene cuatro dientes del revés.—8.º El humo de la pipa y el de la hoguera van en distinta dirección.—9.º Falta un travesaño en la escalera. 10. Al caballete le falta un soporte diagonal.

## Con un solo trazo



Como véis en el dibujo, se puede empezar por A o por B, indistintamente; como observaréis, las líneas no se tocan en esta solución. Lo he hecho adrede para que veáis la dirección del trazo.

(Continuarán las soluciones en el número 122.)

# TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

## PINOCHISTAS PREMIADOS

Conforme con lo anunciado, el 30 de Abril de 1927 se sortearon los 50 premios de este Tercer Gran Sorteo de regalos para los suscritores. Los afortunados Pinochistas premiados son los siguientes:

### PRIMER PREMIO:

## UNA MAGNÍFICA BICICLETA

ha correspondido al Pinochista JUAN DE OSUNA Y DE SOLA. Cáceres.

### SEGUNDO PREMIO

Una estupenda caja de soldados.  
CARLOS SOTO CANDELA. Madrid.

### TERCER PREMIO

Veinte duros en dinero.  
ÁNGEL GARCÍA CUBAS. Barcelona.

### CUARTO PREMIO

Una muñeca.—RAFAEL  
TUÑON DE LARRA.—  
Baeza (Jaén).

### QUINTO PREMIO

Unacarretilla con su cubo  
y otros utensilios.—MA-  
NUEL PÉREZ CASTI-  
LLO.—Calzadilla de  
los Barros (Badajoz).

### SEXTO PREMIO

Un balón de fútbol.—  
MARÍA LUISA RODRI-  
GUEZ.—Badajoz.

### SÉTIMO PREMIO

Una pluma estilográfica.  
—JUANITA GONZÁ-  
LEZ RÍOS.—Palencia.

### OCTAVO PREMIO

Un año de suscripción a PINOCHO,  
gratis.—FRANCISCO JOSÉ ARRE-  
GUI VILAR.—Madrid.

### NOVENO PREMIO

Un año de suscripción a PINOCHO,  
gratis.—LUIS PÉREZ ROZAS.—  
Coruña.

### DÉCIMO PREMIO

Un año de suscripción a PINOCHO,  
gratis.—ANTONIO CUENCA Y  
CUENCA.—Cartagena.

## LOTES DE LIBROS

11 Antonio Borrero López.—Salamanca.  
12 Luisita Ramírez Sepúlveda.—Orense.  
13 Maruja Díez Santamaría.—Barcelona.  
14 José García López.—Trujillo.  
15 Antonio Monedero Gómez.—Pamplona.  
16 Gloria Iturbide Moreno.—México.  
17 León Pérez Ramos.—Gerona.  
18 Pepita Losada.—Madrid.  
19 Ramón Valdivia Romero.—Madrid.  
20 Angelines Ubeda Santaolalla.—Gijón.  
21 Juan Antonio Marco Lallave.—Cartagena.  
22 Luis Aizpurúa Echevarría.—Eibar.  
23 Miguel Santos Jiménez.—Yecla.  
24 Roberto Enriquez Valdespino.—Madrid.

25 Alberto Suárez Gómez.—Burgos.  
26 Fernando López Villalain.—Alfaro.  
27 Nieves Portal de la Cámara.—Sevilla.  
28 Engracia Alvarez Morenco.—Teruel.  
29 Pilar Gerona.—Madrid.  
30 José Labrador López.—Lérida.  
31 Arturo Mediavilla.—Madrid.  
32 Gilberto Lamothe.—Buenos Aires.  
33 Afrodísio Ramírez.—Barcelona.  
34 José Chianti.—Bogotá.  
35 Antonino Ruescas.—Barcelona.  
36 Luis López Gómez.—Almería.  
37 Fernando Saavedra Diego.—Madrid.  
38 Ramón Navarro López.—Avilés.

39 Antonio Tomás García.—Alicante.  
40 María Antonia Ostáriz Gómez.—Pamplona.  
41 Alvaro González Revilla.—Madrid.  
42 Soledad Mariño Oleas.—Coruña.  
43 Laurita Viruela Sánchez.—Habana.  
44 Agenor Díaz Díaz.—Buenos Aires.  
45 Rodrigo Córcoles Cibrián.—Madrid.  
46 Carmen Portela Linares.—Jaén.  
47 Julio Los Arcos Santa Marta.—Granada.  
48 Ernesto Cepeda Sanchis.—Valencia.  
49 Luisa M.<sup>a</sup> Rodríguez Palencia.—León.  
50 José M.<sup>a</sup> Rodríguez.—Villanueva de la  
Serena.

**CONDICIONES PARA RETIRAR LOS PREMIOS.**—1.<sup>a</sup> Los premios podrán retirarse durante los treinta días siguientes a la publicación del presente número para los suscritores residentes en España, y ciento veinte días para los suscritores residentes en América. Pasados esos plazos respectivos perderán su derecho los suscritores premiados que no hayan retirado su premio.

2.<sup>a</sup> Los premios pueden retirarse en la Administración de PINOCHO (Editorial «Saturnino Calleja», S. A., calle de Valencia, 28, Madrid), o recibirlos a domicilio.

3.<sup>a</sup> Tanto quienes deseen retirar los premios en la Administración, como quienes prefieran recibirlos a domicilio, deberán escribir a PINOCHO (Apartado 447, Madrid) manifestando su deseo y diciendo cuál es el número y la fecha de su suscripción; y esto, no solo como garantía de su personalidad, sino como confirmación de que el número premiado ha sido, efectivamente, el suyo, y que la suscripción está hecha dentro del plazo fijado para tomar parte en este sorteo. Si la fecha del recibo no está dentro de dicho plazo o no coincide con la que figure en las listas de suscripción de PINOCHO, el premio será nulo. Igualmente será nulo si el suscriptor premiado no sabe exactamente cuál número le ha correspondido; es decir, cuál número es el de su recibo de suscripción. También deberá presentar la dirección de su domicilio, que deberá coincidir con la que la Administración tenga anotada en su suscripción.

4.<sup>a</sup> Será también requisito indispensable, para retirar o recibir el premio, presentar o remitir un retrato del Pinochista suscriptor premiado, que sea suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista suscriptor esté con otras personas.

5.<sup>a</sup> Los que hayan escrito a PINOCHO anunciando su propósito de recoger personalmente en la Administración su premio, podrán recogerlo, sin tener que abonar nada, ocho días después de la fecha de su carta. Los Pinochistas suscritores que hayan dicho que desean recibir el premio en su casa, recibirán una carta indicándoles lo que han de abonar como gastos de envío.

# SECCIÓN PIRULA



## JUEGOS DE PIRULA

**Pompas de jabón.** Casi todos vosotros sois unos ases; uno es el as del fútbol porque sus goals son formidables o por-

que nadie le gana a buen portero; otro es el as de la gracia porque siempre tiene algún chiste divertido que contar; otro es el as de los cuentos, que relata como nadie; otro es el as de las carreras a pie porque siempre llega el primero; otro es el as de la fuerza porque no hay quien le pueda; otro — y esto sí que es bueno — es el as del estudio y se lleva en clase las mejores notas.

Pero hay un título vacante, y es el de *as de las pompas de jabón*; ¿quién quiere aspirar a él?

No; si ya sé lo que me vais a decir: que eso de hacer pompas de jabón está pasado de moda, que es muy aburrido, que es muy soso...

Sí, ¿eh? Pues eso regirá con las pompas de jabón sencillas y vulgares, que sabe hacer cualquiera; pero no con las que yo os voy a enseñar ahora mismo; habéis de saber que las pompas de jabón se prestan a variaciones divertidísimas y bastante difíciles, hasta el punto de que hace unos años se celebró en Melbourne (Australia) un gran concurso de pompas de jabón, del que salió triunfador un señor de allí llamado mister Edward Down, que realizó verdaderas maravillas, batió todos los *records* y fué declarado campeón del mundo de las pompas de jabón.

Si queréis divertirlos de verdad y ejercitar vuestra habilidad y la de vuestros amiguitos, os aconsejo que organicéis también un concurso parecido a aquél. Reunidos todos los concursantes, se entrega a cada uno una palangana pequeña con agua tibia, un jabón de los más ordinarios (nada de jaboncitos perfumados, que no sirven para el caso), y los útiles necesarios, que son: unas pajas de las de tomar refresco; una pipa de barro, y, si acaso, unas sortijas fabricadas con un poco de alambre retorcido, dejando un mango para cogerlas.

Antes de empezar el concurso, cada concursante preparará su agua jabonosa frotando el jabón en el agua hasta que se forme una espuma consistente; esta espuma se retira cuidadosamente con una cucharilla limpia; luego, para hacer la prueba del líquido se fabrica una pompa de jabón y se intenta introducir en ella el dedo, previamente mojado también en el líquido; si el dedo, al entrar, revienta la pompa, hay que añadir más jabón al agua; cuando la pompa resista la introducción del dedo húmedo, entonces el agua está en su punto y puede darse comienzo al concurso, que se dividirá en varios ejercicios.

**Primer ejercicio:** «Certamen de tamaño, de rapidez, de distancia y de resistencia». El certamen de tamaño consiste en hacer las pompas lo más grande o lo más pequeñas. El de rapidez, en hacer la mayor cantidad de pompas en un espacio de tiempo determinado. El de distancia, en enviar las pompas lo más lejos posible. El de resistencia consiste en que cada jugador hace una pompa y, cuando está en el aire, la abanica delicadamente por debajo con un trozo de cartón; el mérito consiste en abanicar con bastante fuerza para que la pompa no caiga al suelo y con bastante delicadeza para no reventarla.

**Segundo ejercicio:** «La cadena». La cadena de pompas se hace soplando primero una pompa que tenga, aproximadamente, un tamaño equivalente al doble del fogón de la pipa; en el instante mismo en que la pompa va a desprenderse, se sopla otra, que debe alcanzar a la primera y soldarse a ella, y luego otra, y otra; se logra hacer una cadena de tres pompas con bastante facilidad; desde la cuarta empiezan las dificultades; se necesita una verdadera habilidad para llegar a cinco, y resulta difícilísimo llegar a seis; el campeón de quien os acabo de hablar llegó a hacer una cadena de nueve pompas.

**Tercer ejercicio:** «Las semibolas». Se coloca sobre una mesa una placa de cristal muy limpia, que se cubre con una tenue capa de agua jabonosa; con una paja se sopla una bola, lo más grande posible, de manera que quede sobre el cristal formando una mitad de esfera; se vuelve a mojar la paja, se introduce sin miedo en la semibola y se sopla otra pompa un poco más pequeña que la primera, luego otra, y otra, hasta obtener una serie de semiesferas superpuestas que resultan de un efecto precioso; cualquier objeto de color que se acerque a estas semiesferas se reflejará en redondo en cada una. Puede obtenerse una serie hasta de seis y ocho semibolas antes de que sobrevenga la explosión inevitable de todas ellas. El campeón en cuestión llegó a hacer varias series de quince.

Aparte de estos tres ejercicios, que me parecen suficientes para constituir un magnífico concurso, pueden hacerse con las sortijas de latón cosas muy graciosas; por ejemplo: se deja una pompa sobre el trozo de cristal y se acerca a su parte superior la sortija, previamente mojada en el agua jabonosa; al elevar la sortija, la pompa va adquiriendo una forma cilíndrica sin reventarse; si se sopla una pompa en el aire y se coge entre dos de estas sortijas, se le da, juntando más o menos las sortijas, la forma de un barril.

Con la ayuda de vuestro papá podéis lograr pompas que, en lugar de ser transparentes e irisadas, parezcan enormes perlas opacas. He aquí cómo: dejáis una pompa sobre el cristal que ya hemos utilizado hace un momento; luego, vuestro papá da una chupada a su pitillo y, tras de introducir una paja en la pompa, sopla él delicadamente: el humo que tiene en la boca llenará la pompa de jabón. ¿Veis cómo no os engañé al prometeros que el concurso de pompas de jabón era algo divertido, gracioso y original? Ahora que, conviene, como es natural, ejercitarse bastante antes de tomar parte en este concurso. ¡Ea, mis queridos lectoritos, manos a la obra! Quiero decir: ¡bocas a la obra!

**Remate de ganchillo.**—Este adorno de ganchillo forma un remate muy gracioso para toda suerte de trajes, blusones o cuellos sueltos; su ejecución es sencillísima, sobre todo para vosotras, mis queridas *Pirulindas*, que sois todas unas *ganchilleras* insuperables.

Si la tela es lo bastante blanda y floja para poder atravesarse con el ganchillo de hierro sin estropearla, entonces se hace con el ganchillo la primera vuelta, de puntos sencillos y bastante espaciados. Pero si se trata de una tela apretada, lo mejor es hacer primero un punto de ancho festón, bordado, en cuyas puntadas se pasará el ganchillo para ejecutar a la manera corriente la primera vuelta de puntos sencillos. Este adorno no sirve solamente de remate: uniendo varias hileras, también con el ganchillo, se forman anchos y hermosos entredoses, doblemente bonitos si cada vuelta es de distinto matiz de un mismo color; de este modo se logran entredoses que van del color barquillo claro al marrón oscuro o del rosa pálido al rojo. En el adjunto modelo de blusón veis mi adorno de ganchillo formando un sencillo remate en el cuello y los puños y un entredós en el delantero y en los bolsillos.

